

EDAD ANTIGUA

Por Peter Stockmeier

INTRODUCCIÓN

La historia de la Iglesia se remonta a Jesús de Nazaret, quien, con sus obras y palabras, llevó a los hombres a la fe y a la comunión en la fe. Efectivamente, cada uno de los autores de los Evangelios del Nuevo Testamento ofrece un testimonio inconfundiblemente personal y peculiar de Jesús. Sin embargo, y a pesar de todas las diferencias en cuanto a los detalles, todos ellos presuponen que Jesús es el fundamento de su fe y, por consiguiente, el fundador de la Iglesia. Esta fe de los discípulos no separó la figura de Jesús de la historia de Israel. Por el contrario, se vio en ésta la clave para entender la misión de Jesús. Con ello, la fe en Jesús de Nazaret lograba su alcance universal, su cualidad eclesial por encima del ámbito individual. Para la Iglesia de los primeros tiempos, la demostración de este vínculo entre Israel y Jesús constituyó una tarea fundamental. Al hacer patente tal conexión, aquella Iglesia dejaba constancia de su propio enclave en la historia. A esta situación única se sumó en seguida la confrontación de los creyentes con el entorno religioso. Al mismo tiempo, la afirmación de la fe exigía una mayor clarificación de su contenido. Y ahí se resquebrajó la unidad de los cristianos.

Es habitual compendiar la historia del cristianismo primitivo bajo el concepto de edad antigua. Esta expresión, tomada de la historia universal, comprende el lapso de tiempo que va desde el origen de la Iglesia en Jesús de Nazaret hasta lo que se conoce por edad media. La fijación de ese período se basa en los primeros tiempos de la historia de la Iglesia, pero también en su decurso paralelo y simultáneo al de la tardía historia del Imperio romano, iniciado por Augusto (27 a.C. - 14 d.C.) arrancando de las tradiciones de la República. Es frecuente también caracterizar la última fase de la época grecorromana como antigüedad tardía, cuyo comienzo está ligado a aquella concentración de derechos imperiales a costa del senado tal como se configuró, tras algunos intentos anteriores, en tiempos de Diocleciano (284-305). Mientras que en tiempos de Augusto se llegó a una pacificación del Imperio romano que Virgilio († 19 a.C.) ensalzó como nueva «edad de oro», en el discurso sobre la antigüedad tardía se perciben las tonalidades del ocaso o de la decadencia, un juicio al que, en la historiografía de la Iglesia, se contrapone de forma mecánica y frecuente el auge del cristianismo.

Efectivamente, en tiempos del emperador Augusto, la soberanía romana había desbordado el área del Mediterráneo y había allanado el camino al intercambio de las culturas. En el norte, la ocupación de las comarcas alpinas hasta el Danubio en el año 15 a.C. fijó la frontera del imperio en el Rin, cuando se dieron, finalmente, por fracasadas las campañas contra la Germania libre. La conquista de Armenia y, sobre todo, el

arreglo con los partos (20 a.C.) crearon, al menos de forma provisional, la estabilidad política en Oriente. Con la conquista de Egipto por Roma se redondeó un imperio universal que se extendía desde Britania hasta el Sahara, desde el Atlántico hasta el Éufrates. Este imponente espacio geopolítico fue considerado como la tierra habitada, como *oikumene* (*orbis terrarum*), que estaba sometida a la soberanía romana por voluntad de los dioses. Según la información recogida en el Nuevo Testamento (Mt 24,14), debía proclamarse el evangelio en toda la *oikumene*. Tenemos aquí un hilo conductor de carácter universalista que subyace ya en el discurso sobre la catolicidad de la Iglesia. Centro de aquel Estado compuesto por una gran diversidad de pueblos era Roma, a la que los cristianos criticaron en un principio llamándola Babilonia (1Pe 5,13) por su impresionante magnificencia, pero que más tarde, cambiadas las circunstancias, considerarían como *caput mundi*.

A pesar de estar asegurada la paz, el creciente bienestar del Imperio romano no favoreció por igual a todas las capas sociales, aunque la esclavitud perdió importancia económica durante la época de los césares. Las dificultades económicas y las cargas militares gravaron con fuerza creciente el entramado social de aquella sociedad dividida en estados claramente definidos. La vida cultural, abierta en los teatros a amplios círculos de población, se enraizaba en las tradiciones jurídicas del romanismo y en las corrientes intelectuales del helenismo, que desde los tiempos de Alejandro Magno (336-323 a.C), había erigido el arte y la filosofía de Grecia en norma universal.

En el terreno de la religión, cuya práctica garantizaba, en opinión de los romanos, grandeza y poder al imperio, el emperador Augusto se arrogó el título y los cometidos de *Pontifex maximus*, dando validez plena a la función político-social del culto. El subsiguiente culto del soberano centró tal religiosidad en el Emperador, con lo que el formalismo de esa religiosidad preparó el camino a la superstición y a los orientales cultos místicos.

En el entramado de este mundo político, cultural y religioso al que se suele designar de forma sumaria también como antigüedad se llevó a cabo la proclamación del evangelio. Pero la predicación de éste desbordó ya en aquella época los límites del Imperio romano. Naturalmente, el contacto con la vitalidad del Imperio romano dejó su impronta en el cristianismo primitivo. No olvidemos que la idea del imperio siguió viva en la historia a pesar del desmoronamiento del Imperio romano de Occidente (476 d.C).